

# eduardo torroja

**8 de febrero de 1958**

El profesor Torroja acompaña a Su Excelencia el Jefe del Estado, durante la inauguración oficial de este Instituto.



La figura señera del Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos D. Eduardo Torroja y Miret, autor de numerosas y valiosas obras científicas, que consagró su vida a la investigación, a la docencia y a la realización de importantísimas obras públicas en nuestra Patria, a la que entregó todas sus actividades y enalteció con su prestigio, le hacen merecedor de la gratitud nacional, al tiempo que su eminente figura me permite dar, en su persona, una prueba de mi reconocimiento a la ciencia española.

En mérito a lo expuesto,

Su Excelencia el Jefe del Estado concede al fallecido Profesor Torroja el Título del Reino con la dignidad de Marqués y denominación de Torroja, por Real Decreto del: **1 de octubre de 1961**



## **jaime nadal**

Nuevo Director del Instituto Eduardo Torroja  
de la Construcción y del Cemento.

El pasado día 21 de diciembre, a las cinco de la tarde, y en la Sala de Conferencias de Costillares, se celebró un sencillo acto, presidido por el Consejo del Instituto, para comunicar al personal del Centro el nombramiento de su nuevo Director.

Inicia el acto el Presidente del Instituto, Excmo. Sr. D. Federico Turell, quien, tras dedicar sentidas y emocionadas palabras a nuestro primer Director, y fundador, Marqués de Torroja, elogió los méritos que concurren en el nuevo Director, Jaime Nadal, llamado a ocupar el puesto que quedase vacante aquel triste día del 15 de junio. A continuación, dio lectura al acta de su nombramiento, destacando cómo el nuevo Director goza de la confianza de todo el Consejo, al mismo tiempo que, por sus muchos años de convivencia con el Profesor Torroja, le hacen ser persona idónea para desarrollar la continuidad de su labor y dirigirla hacia las mismas metas.

El nuevo Director, visiblemente emocionado, contestó dando lectura al siguiente discurso:

Muchas gracias, don Federico, por las inmerecidas frases de elogio que me ha dedicado. Muchas gracias, señores Consejeros, por su confianza. Gracias también al Patronato "Juan de la Cierva", que ha accedido a proponer mi modesta persona para el cargo que ahora debo desempeñar; gracias, en fin, al Consejo Ejecutivo del de Investigaciones Científicas, que se ha dignado concederme el honor de una mayor responsabilidad, y gracias a vosotros, que con vuestra postura serena, ecuánime y disciplinada, habéis dado en estos meses difíciles un ejemplo de unidad y de sensato optimismo.

Gracias a todos.

No puede extrañaros que la confianza que se ha puesto en mí, desde la designación póstuma de don Eduardo Torroja al nombramiento formal que cierra la etapa, me conmueva, me obligue, pero me impresione.

No hace mucho, recordábamos que, paseando por las obras de la Ciudad Universitaria, concretamente por la Facultad de Medicina, don Eduardo propuso a don José María Aguirre constituir una organización para fomentar el progreso de todo orden referente a la construcción y sus materiales. La idea bullía de mucho en ambas mentes, pues no habían transcurrido cuarenta y ocho horas, cuando don José María presentaba ya los primeros Estatutos, que son, con muy ligeros retoques posteriores, los que siguen actualmente en vigor.

Así fue como un grupo de señeras figuras de nuestra Arquitectura e Ingeniería, fundaron el Instituto de la Construcción y Edificación. De los fundadores sólo dos continúan con nosotros: nuestros Consejeros Excmos. Sres. Aguirre y López Otero, que han permanecido a nuestro lado desde hace ya más de ventiséis años, poniendo a contribución todo su entusiasmo y extraordinario valer, que siempre, pero especialmente en los momentos más difíciles, han constituido los firmes puntales que afianzaron nuestra organización, defendiéndola y amparándola de los ataques de aquellos que, por no conocerla bien, no supieron apreciar lo que el Instituto representa.

Don Eduardo fue en aquellos primeros tiempos el Secretario del Instituto, denominación con que desde entonces se designa en esta casa un puesto directivo de marcada función ejecutiva.

Cuando el Instituto se incorporó al Patronato "Juan de la Cierva", don Eduardo, que siempre lo había dirigido, fue oficialmente designado Director. Geográficamente, corresponde este momento a nuestra instalación en la calle de Ruiz de Alarcón.

Pero el impulso definitivo se produjo al fusionarse los Institutos del Cemento y de la Construcción, porque fue posible pensar ya en laboratorios, instalaciones piloto y edificio propio, y porque el conjunto de las dos actividades completaba el panorama de la construcción, dando unidad a nuestra misión específica.



En ese nuevo Instituto ubicó don Eduardo el eje de su Escuela. Esa Escuela en que Torroja depositó trabajo, afanes, ilusiones y esperanzas. Esa Escuela que es, como se ha dicho recientemente, todo lo contrario a un coto cerrado; que es la expresión viva del espíritu de equipo; que es un ir a la ciencia por los caminos de la técnica a través de un maestro; y que es, en suma, el “técnica plures opera unica” lema de nuestra organización.

Costillares, para don Eduardo, fue el lugar donde pasó las más y mejores horas de sus últimos años. Constituyó el ambiente adecuado para desarrollar esa experiencia de que nos habla en su carta y que realiza “en un sentido humano, social y profesional”; esa gran experiencia que culmina con la magnífica demostración de que “en España es posible crear una organización en la que exista una perfecta convivencia entre las diferentes profesiones, entre los de arriba y los de abajo”.

En Costillares, nos dice el maestro, “todos nos hemos acostumbrado a vivir una vida de elevado rango humano, de caballerosidad, de respeto y ayuda mutuos, de máxima dignidad profesional”.

Costillares es, en definitiva, el arca que guarda ese espíritu. y el centro desde donde ha de irradiar a otros sectores aún no incorporados a nuestros afanes.

Nunca he sabido por qué don Eduardo me llamó para servir a sus órdenes, y aún hoy, no acierto a comprender cuál fue la razón para que depositara en mí su confianza, pero es lo cierto que así lo hizo, y que, a través suyo, he llegado a recibir de nuestro Presidente, de los fundadores y del Consejo todo, tales pruebas de inmerecida estima y aprecio que, estoy seguro, hicieron el milagro de que una persona de mis menguadas dotes, haya podido cumplir—con discutible acierto, pero cumplir al fin—la misión que me fue confiada.

Un día, no recuerdo exactamente cuando fue, se rompió el hilo de lo que aquí era ya tradicional, y me asignaron una nueva misión dentro del conjunto, una misión difícilmente explicable, una misión que sólo un hombre como él pudo intuir y crear, con ese aplomo, esa objetividad y esa serenidad que sólo concebimos en los elegidos. El porqué y el para qué los supimos mucho después: don Eduardo estaba herido de muerte, presentía un rápido fin, y él mismo nos lo dejó traslucir el día en que el señor Echegaray y yo tomamos posesión de las nuevas atribuciones; pero todos le teníamos tal devoción, que no fuimos capaces de darnos cuenta de la tragedia que se avecinaba.

La Providencia dispuso que cuando don Eduardo partiera, estuviésemos con él su hijo y yo. No sé si en ello hay algo de simbólico, pero la realidad es que a su lado estaban representados su familia y su Instituto.

He aquí por qué me impresiona la responsabilidad que contraigo.

La empresa de dirigir el Instituto no fue jamás sencilla para nadie, ni siquiera para el maestro, y no es de esperar que ahora lo vaya a ser. “El camino—dijo él—tiene altos y bajos, sus barreras que franquear y sus escollos que rodear.”

Hoy se ha salvado uno de esos escollos, y se ha vencido por la fe que los de arriba tienen en nosotros, por la firme decisión de todos vosotros, por los desvelos de nuestro Consejo y, muy especialmente, por el cariño que don Federico nos tiene, y que ha exigido de él, en estos meses difíciles, nuevos esfuerzos que sumar a los muchos que en todo momento realizó en favor de la obra de don Eduardo.

El Instituto ha tenido una larga etapa de preparación, de formación y de utillamiento. La etapa hemos de aceptar que ya ha quedado superada. Hoy nos corresponde a nosotros realizar la labor de investigación, tal y como él la imaginó, en el ambiente que él creó y con los medios de que supo dotarnos. Para que esto sea posible, se necesita el esfuerzo de todos, ya que, si en todo tiempo la dedicación completa ha sido necesaria, ahora lo es mucho más, porque es consustancial con nuestro cometido. Bien entendido, que lo completo de nuestra dedicación es, tanto como un concepto cronométrico, una posición mental que implica insistencia, perseverancia, infatigable búsqueda; es un deseo de superar contrariedades; es un enfrascarse en la tarea; y es esa preocupación por resolver un problema que no puede apartarse de la mente, que atormenta noche y día, que obsesiona. Es, en definitiva, el espíritu que tuvieron los investigadores de todos los tiempos, es una invariante que presidió siempre la labor de los pioneros de la técnica.

Edisson dijo en cierta ocasión, visitando la factoría en que se fabricaba uno de sus inventos, que si él no hubiese trabajado más que cuarenta y cuatro horas por semana, aquellos obreros tendrían que resolver su vida trabajando de sol a sol cortando leña en el bosque.

Pensad que eso nos ocurre a nosotros. Nuestra misión es trabajar más, profundizar más, y hacer cuanto en nosotros esté para que otros puedan trabajar menos, tener caminos más seguros, hogares más confortables y materiales mejores.

Siempre nos hemos lamentado de que las circunstancias no permitan daros todo lo que vosotros merecéis, y todo a lo que sois acreedores. El no haberlo logrado fue una de las amarguras que entristeció a don Eduardo los últimos tiempos. Creedme, cuando os digo que todos, empezando por el Consejo y siguiendo por mí, haremos cuanto sea posible para lograr la justa compensación económica a vuestro esfuerzo, pero, al mismo tiempo, también os digo que hemos de velar porque este esfuerzo no decaiga ni se disuelva en múltiples actividades, porque si en cualquier ambiente ello es perjudicial, en el nuestro, en el ambiente de Costillares, sería sencillamente catastrófico.

Veis que, en cierto modo, y sin proponérmelo, hemos sido fieles a la tradición de que las palabras del Director en estos días encierran un recuerdo a nuestras obligaciones primarias, y nos ponen en guardia contra cualquier posible distracción. Sé que en vosotros esto no era necesario, y sé también que habéis de colaborar conmigo, con el mismo entusiasmo y eficacia con que colaborasteis con el maestro. Por encima de todo, he de cuidar de nuestra unión como él la cuidó, su recuerdo será siempre nuestra guía, y no podemos olvidar que en la etapa que hoy emprendemos, todos nuestros esfuerzos son necesarios, más necesarios que nunca, porque estamos convencidos de que “el fruto de nuestros desvelos no es para nosotros solos, sino para todos, agradézcanlo o no”.

Y para terminar, quiero ofrecer en vuestro nombre a la señora Marquesa de Torroja ese canto de paz y amor que vamos a entonar todos hoy, con el pensamiento puesto en el maestro, y llevando en el corazón ese ideal que nos ha legado, al que ligó su propia vida y que nosotros, siguiendo su consigna, tampoco traicionaremos nunca.